

SAN JUAN CRISOSTOMO

HOMILIAS

**Explicación de los Hechos
de los Apóstoles**

Volumen I

Serie
Los Santos Padres
N.^o 18

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2231-1991

I.S.B.N.: Tomo I - 84-7770-214

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

ADVERTENCIA

SEGÚN PARECE predicó el Santo estas Homilías entre el 400 y el 401, o sea cuando llevaba ya unos tres o cuatro años en la sede de Constantinopla como Arzobispo; y por lo mismo se encontraba en pleno vórtice de los desórdenes promovidos por Gaina y los godos en aquella ciudad imperial. El Santo había elevado a dicha sede el 2 de febrero del 398. A consecuencia de tales desórdenes, los mismos taquígrafos que tomaban las improvisaciones y también los copistas de las libreras andaban mezclados en los alborotos políticos y perturbados, como se puede ver por las infinitas variantes de los códices. Por otra parte, según testimonio del mismo Santo, en su primera Homilia, el libro de los Hechos de los Apóstoles era en Constantinopla tan desconocido que muchos ni siquiera sabían que existiera o que fuera canónico. Por tales motivos el orador se vio obligado frecuentísimamente a poner, tras de una primera explicación del texto, una segunda, de donde resulta para los actuales rectores una redacción sin energía, seca, cortada, áspera y molesta. Por lo cual hubo quienes aseguraban no ser auténticas estas Homilías. Otros afirmaron sí serlo, pero no estaban pulidas ni castigadas. Sin embargo, en las aplicaciones morales, verdadero campo oratorio del Crisóstomo, todos están de acuerdo en que son ciertamente auténticas y muy útiles. Migne asegura: *Non multas esse apud Chrysostomum conciones informandis moribus aptiores.*

HOMILIA I

Mi PRIMER tratado, oh Teófilo, lo compuse acerca de cuanto Jesús hizo y enseñó, desde sus inicios hasta el día en que fue arrebatado al cielo, tras de dar órdenes a los Apóstoles que había escogido, que aguardaban el Espíritu Santo (Hechos, 1, 1-2).

Muchos ignoraron que exista este libro y quién lo escribió y compuso. Y fue éste el principal motivo de acometer yo este trabajo, para instruir a quienes lo ignoran y no dejar que tan gran tesoro quedara escondido. Puesto que no puede ser de menor utilidad que los mismos Evangelios: tan lleno está de sabiduría, de sinceridad en sus enseñanzas y con abundancia de milagros, sobre todo los verificados por el Espíritu Santo. De modo que en adelante no leamos este libro de corrida; sino examinémoslo con cuidado sumo. Podemos ver en él cumplidas las cosas que Cristo en los Evangelios predijo, y cómo por los hechos mismos resplandece la verdad y cómo aparecen los discípulos sumamente mejorados desde que recibieron el Espíritu Santo.

En efecto: lo que le oyeron decir a Cristo: *Todo el que cree en Mí hará las obras que Yo hago y aún mayores que éstas* 1 y lo que les predijo de que serían llevadas a los tribunales ante prefectos y reyes; y que serían azotados en las sinagogas; y que pasarían trabajos intolerables, pero que se harían superiores a todo eso; y que el Evangelio se predicaría en todo el orbe; todo eso, lo repito, exactísimamente cumplido puede verse en este Libro; y aún más de lo que el Señor conversando con los discípulos les había dicho. Verás en este Libro a los Apóstoles, a la manera de aves, recorriendo con su vuelo las tierras y los mares; y los verás a ellos, antes tímidos y rudos, cambiados en otros hombres repentinamente, y que ya desprecian las riquezas y la gloria, y hechos superiores a las pasiones de la ira, la concupiscencia y todas las demás. Hallarás entre ellos suma concordia y nada de envidia, aunque antes la hubo; y nada de querellas por el anhelo del

primado, sino en todo un diligente cultivo de la virtud, y la brillante caridad de ahí derivada.

Acerca de esta virtud Jesús les había dado apretados mandamientos diciéndoles: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros*². Por otra parte, se encuentran en este Libro algunas verdades que si él no se hubiera escrito, no habrían quedado tan claras y manifiestas. Más aún, habría quedado oscuro y oculto lo que viene siendo como cabeza y origen de nuestra salud, así en lo referente a ordenar nuestra vida como en lo tocante a los dogmas.

La mayor parte del libro contiene las empresas de Pablo, quien trabajó más que todos. Y la razón es porque su autor, el bienaventurado Lucas, fue su discípulo, cuya virtud puede comprobarse tanto por muchos ejemplos como porque continuamente anduvo al lado de su maestro. Como se apartaran de Pablo Demas y Hermógenes, uno a Galacia y el otro a Dalmacia, oye lo que Pablo afirma de Lucas: *Sólo Lucas queda conmigo*³. Y escribiendo a los corintios, dice de Lucas: *Cuyos méritos en la predicación del evangelio, conocen todas las iglesias*⁴. Y cuando dice: *Se apareció a Pedro y luego a los Doce*⁵; y también: *Conforme al Evangelio que recibisteis*,⁶ habla del Evangelio de Lucas. De manera que no se equivocará quien atribuya el Evangelio suyo al mismo Lucas; y cuando digo al mismo entiendo a Cristo.

Y si alguno preguntara ¿por qué no escribió todas las hazañas de Pablo, pues estuvo con él hasta el fin? responderemos que con lo que escribió había lo bastante para quienes quieran atender. Aquellos varones se ocupaban en lo que más urgía y no tenían ansias de escribir. Y así muchas cosas no las dejaron escritas, sino que por Tradición nos las transmitieron. En resolución, que en este libro todo es admirable, pero en especial aquella modestia en las palabras de que usaron, inspirándolos el Espíritu Santo, cuando los Apóstoles explicaron la economía de la redención. Así, habiendo narrado tantas cosas y tan maravillosas acerca de Cristo, dijeron muy poco sobre su divinidad; mientras que muchos se alargaron en lo tocante a su Humanidad, como fue de su Pasión, de su Resurrección y de su Ascensión a los cielos.

Es que su principal intención consistió en que se creyera en la Resurrección del Señor y en su Ascensión a los cielos. Así como Cristo lo primero que procuraba demostrar era su origen del Padre, así los Apóstoles se alargan en la narración de la Resurrección, la Ascensión y que regresó a Aquel de quien había venido. Y esto porque si a

esas cosas no se daba fe, tras de realizarse la Resurrección y la Ascensión, el dogma todo de la Redención habría parecido increíble a los judíos. Así este libro, poco a poco y sin sentir, los va elevando a cosas más altas.

En Atenas Pablo llama a Jesús simplemente hombre. Y con razón, pues si a Cristo cuando hablaba de su igualdad con el Padre con frecuencia intentaron lapidarla y lo acusaban de blasfemo, difícilmente los atenienses habrían aceptado de unos pecadores la otra afirmación, sobre todo habiendo precedido la curcifixión. Mas ¿para qué hablo de los judíos cuando los mismos discípulos, si oían verdades más altas con frecuencia se conturbaban y escandalizaban? Por lo cual Jesúis les decía: *Muchas cosas tengo aún que deciros, pero por ahora no las podéis comprender*⁷. Si ellos, que tanto tiempo llevaban de convivir con Jesúis, no las podían comprender, aun tras de participar en tantos arcanos secretos y ver tantos milagros, ¿cómo habrían repentinamente aceptado los altos discursos acerca de los dogmas, hombres recientemente arrancados de sus altares, de sus ídolos y de sus sacrificios, y de los gatos, los cocodrilos (pues eso era lo que veneraban), y en una palabra de todos sus otros males?

¿Cómo los habrían aceptado los mismos judíos, aunque cada día recibían las enseñanzas de la Ley que les repetía: *Oye, Israel: El Señor tu Dios es un solo Señor y fuera de El no hay otro;*⁸ y que por otra parte habían visto a Jesúis crucificado y sepultado, pero no lo habían visto resucitado? Sobre todo, si oyeron que era Dios e igual al Padre ¿acaso no habrían de recalcitrar y alejarse? Por tal motivo los Apóstoles, lentamente y sin sentir, los van elevando y se atemperan a ellos en muchas cosas. En cuanto a los Apóstoles, disfrutan ahora de más abundante gracia del Espíritu Santo y llevan a cabo prodigios, mayores que los que obró Jesúis, y los hacen en nombre de El: todo para levantar de la tierra a los otros que yacen y hacer que otros crean en la Resurrección.

Porque este libro es antes que nada una demostración de la Resurrección y si a ésta se le da crédito, todo lo demás irá fácilmente adelante. Así que, para decirlo en resumen, la finalidad y materia de este Libro es esa sobre todo. Pero oigamos ya su proemio. *Mi primer tratado, oh Teófilo, lo compuse acerca de cuanto Jesúis hizo y enseñó.* ¿Por qué le recuerda a Teófilo su Evangelio? Para demostrarle su acuciosidad. Porque al comienzo de ese Evangelio, dice: *Me ha parecido también a mí, después de haberlo investigado todo con diligencia*

cia desde los orígenes, escribírtelo ordenadamente. Y no contento con su propio testimonio, en todo se refiere a los Apóstoles diciendo: *Según nos lo transmitieron quienes desde el comienzo lo presenciaron y fueron luego constituidos ministros de la predicación.* De modo que habiéndose ya mostrado fidedigno en su Evangelio, no necesita ahora confirmar eso de nuevo, pues ya está persuadido Teófilo y cuidadosamente instruido, en aquel otro Libro, sobre la verdad exacta de las cosas.

Y es cosa clara que si se ha dado fe a quien escribe como testigo de oídas, mucho mejor se le ha de creer cuando escribe, no de lo que oyó de otros, sino de lo que personalmente vio y oyó. Como si dijera: Si lo que he dicho acerca de Cristo lo aceptaste y lo creíste, mucho mejor aceptarás y creerás lo que de los Apóstoles voy a referir. Mas ¿es acaso este Libro una simple historia en que en nada participa del Espíritu Santo? De ningún modo. ¿Cómo podía ser eso? Todo cuanto nos transmitieron los testigos presenciales, como ministros de la predicación, era del Espíritu Santo.

Entonces ¿por qué no dijo: Como nos lo transmitieron los que recibieron el Espíritu Santo, sino: Los que desde el principio fueron testigos oculares? Porque sobre todo es fidedigno lo que narran testigos presenciales; además de que esa otra forma tenía un resabio de pretensiosa arrogancia ante los necios. Así el Bautista decía: *Yo lo he visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios*⁹. En cambio, Cristo a Nicodemo, aún rudo e ignorante, le dice: *Hablamos lo que sabemos y testificamos lo que hemos visto, pero nadie acepta nuestro testimonio*¹⁰. Y también, demostrando que muchas cosas se afirman por el testimonio de los ojos, les dice a los discípulos: *También vosotros daréis testimonio, ya que desde el principio estáis conmigo*¹¹.

También los Apóstoles con frecuencia hablan en el mismo sentido: *Testigos nosotros y el Espíritu Santo que Dios dio a los que creen en él*¹². Y Pedro, para hacer creíble la resurrección dice: *Nosotros los que con El comimos y bebimos*¹³. Pues más fácilmente se aceptaba el testimonio de quienes habían convivido con Jesús, por estar los oyentes aún muy lejos del conocimiento del Espíritu Santo. Igualmente Juan en su Evangelio decía haber él mismo visto, cuando hablaba de la sangre y agua, poniendo el testimonio de la vista como supremo. Sin embargo, más cierto es que lo que se ve lo que viene del Espíritu Santo, aun cuando esto no lo parezca así a quienes no creen.

Y que Lucas participara del Espíritu Santo es cosa clara por mu-

chos capítulos: los milagros que entonces se obraban; que en ese tiempo todos participaban del Espíritu Santo; el testimonio de Pablo que dice: *Cuyos méritos en la predicación del Evangelio conocen todas las iglesias.* Consta además por su elección, pues Pablo añade en seguida: *Fue designado por voto de las iglesias como compañero nuestro de viaje en esta obra que nosotros administrámos.* Advierte cuán lejos está de toda pretensión. Porque no dice: El primer Evangelio que prediqué, sino: que *compuse mi primer tratado*, pensando ser excesiva la denominación de *Evangelio*. Y esto aun cuando con ella lo celebra luego Pablo cuando dice: *Cuyos méritos en la predicación del Evangelio.*

Lucas, por su parte, se expresa con modestia, y dice: *Mi primer tratado, oh Teófilo, lo compuse acerca de cuanto Jesús hizo y enseñó desde sus inicios.* Y no dice de todo en absoluto, sino desde que comenzó Jesús hasta el fin; como si dijera: Hasta el día de su Ascension. Juan manifiesta ser imposible escribirlo todo. Y para declararlo, después de haber dicho: *Cosas que si cada una se hubiera de escribir ni el mundo podría contener*, luego añadió: *los libros que tendrían que escribirse*¹⁴. Preguntarás: entonces ¿cómo Lucas escribe todo? Respondo: no dijo que todo en absoluto, sino: *acerca de todo.* Como si dijera: en resumen o en general; o también: de todo lo que conviene o urge. Y explica en seguida ese: *de todo*, diciendo: *Lo que Jesús hizo y enseñó desde sus inicios*, dando a entender los milagros y la doctrina; y también que con las obras enseñaba.

Observa además el ánimo de Lucas, bondadoso y apostólico, pues por sólo aquel Teófilo se echó a cuestas el escribir el Evangelio todo, obra cuidadosísima. Y continúa: *Para que tengas cabal conocimiento de la solidez de la doctrina que has aprendido.* Procede así Lucas porque había oído a Cristo decir: *No es voluntad de mi Padre que perezca ni uno de estos pequeñuelos*¹⁵. ¿Por qué no escribió todo en sólo un Libro que remitiera a Teófilo, sino que repartió la materia en dos Libros? Lo hizo para mayor claridad y para procurar mayor descanso al oyente. Aparte de que la materia de ambos Libros es diversa.

Considera cómo Cristo con sus obras añadía credibilidad a sus palabras. Exhortaba a la humildad diciendo: *Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón*¹⁶. Enseñaba la pobreza y en sus obras la mostraba, pues dice: *El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza*¹⁷. Ordena amar a los enemigos y lo enseñó en la cruz cuando rogó por los que lo crucificaban. Decía: *A quien quiere pleitear conti-*

*go y llevarte la túnica, ofrécele también el manto*¹⁸. Y El ofreció no solamente su manto, sino su sangre. Y lo mismo ordenó hacer a sus discípulos. Por lo cual decía Pablo: *Según el modelo que en nosotros tenéis*¹⁹. Porque nada hay más frío que un preceptor cuya virtud es de solas palabras; esto no es lo propio de un maestro, sino de un hipócrita. Por lo cual los Apóstoles enseñaban, primeramente con el ejemplo y luego con las palabras. Más aún: ni siquiera necesitaban de palabras cuando las obras clamaban. Y no se equivocará quien llame actividad a la Pasión del Señor, pues padeciendo llevó a cabo la empresa admirable y grande con que acabó con la muerte y obró la Redención y todo lo demás²⁰.

Hasta el día en que arrebatado al cielo, después de ordenar a los Apóstoles que se había escogido que aguardaban la venida del Espíritu Santo. Después de ordenar por el Espíritu Santo. Es decir dándoles preceptos espirituales y nada humanos. Se ha de entender en este sentido, o bien que por el Espíritu Santo les dio órdenes. ¿Adviertes cómo aún habla Lucas de Cristo al modo humano, como Cristo lo hacía de Sí mismo diciendo: *Pues si Yo en virtud del Espíritu de Dios lanzo los demonios*²¹. Porque el Espíritu Santo obraba en Cristo hombre como en su templo.

*Y ¿qué fue lo que les ordenó?: Id y amaestrad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y enseñadlas a guardar todo cuanto os he ordenado*²². Gran alabanza es para los Apóstoles el que cosas tan grandes les fueran encomendadas; a saber: la salvación de todo el orbe. Y las palabras mismas estaban llenas del Espíritu Santo. Esto da a entender Lucas cuando dice: *Por el Espíritu Santo.* O sea: Las palabras que os he dicho son Espíritu.

Habla así para atraer al oyente al deseo de aprender los preceptos y para que se les conceda fe a los Apóstoles; pues hablarán lo que es Espíritu, o sea los preceptos de Cristo. Continúa: *Una vez que así les ordenó, fue arrebatado.* No dice: Ascendió, pues aún habla de El como de sólo hombre. Quizá después de la Resurrección enseñó esto Jesús a los discípulos; pero ninguno nos refirió minuciosamente todo lo sucedido en ese tiempo. Algo más que los otros se alarga en eso Juan, lo mismo que aquí Lucas, pero ninguno con claridad refirió todo, porque les urgía otra cosa. Lo que sabemos nos consta por los Apóstoles, que narran lo que habían escuchado.

A los cuales se les presentó vivo. Habló primero Lucas de la

Ascensión, y ahora se refiere a la Resurrección. Pues había dicho: *Fue arrebatado*, para que no pensaras que otros lo habían arrebatado al cielo, añadió: *A los cuales se presentó El vivo*. Ahora bien, si en lo que era más procedió por Sí mismo, con mucha mayor razón lo hizo en lo que era menos. ¿Observas cómo calladamente siembra aquí Lucas la semilla de altísimas verdades? *Durante cuarenta días*. Porque ahora ya no estaba con ellos continuamente como antes de la Resurrección. Advierte, además, que no dijo: Cuarenta días simplemente, sino: *Durante cuarenta días*, pues se les acercaba y se les apartaba.

¿Por qué lo hacía? Les iba levantando el ánimo a más altos ideales; y no permitía que se les aficionaran como antes. Y no lo hacía sin motivo, sino preparando con diligencia dos cosas: que se diera fe a la Resurrección y que se le tuviera como a más que sólo hombre. Ambas cosas eran entre sí contrarias. Pues para que se creyera en la Resurrección, era necesario que en muchas cosas procediera como hombre sólo; y en cambio para lo segundo, al revés. Pues bien, lo uno y lo otro se fue verificando oportunamente.

¿Por qué no se apareció a todos, sino solamente a los Apóstoles? Porque a muchos les habría parecido ser un simple fantasma, pues no conocían el secreto de su encarnación. Si los discípulos al principio no creían y se perturbaban y (casi) necesitaron tocarlo con sus manos y comer El con ellos ¿qué habrían pensado los del vulgo? Por tal motivo, mediante los milagros hace indudable la Resurrección, de manera que no sólo a los que entonces vivían, sino a todos los que vendrían después les quedara cierta y confirmada. Puesto que lo que en ellos obraban los milagros que veían, lo obraría en los venideros la fe.

Por esto de aquí argumentamos contra los infieles. Pues si Cristo no resucitó, sino que permanece muerto ¿cómo obraron los Apóstoles milagros en nombre de El? ¿O es que no obraron milagros? Pero en este caso, ¿cómo se ha congregado todo el pueblo cristiano? Porque este hecho al menos no lo negarán, ni lucharán los herejes contra lo que cae bajo el dominio de los sentidos. De modo que cuando afirman no haber habido milagros es cuando más luchan contra sí mismos. Ya que el mayor de todos los milagros sería que sin milagros el orbe todo se acogiera a la fe, ganado por doce hombres pobres y sin letras.

Aquellos pescadores no vencieron con el dinero ni con la sabiduría de sus palabras ni de otro modo semejante. De manera que los

infieles, aun contra su voluntad, tienen que confesar que había en los Apóstoles, una virtud divina. Fuerzas humanas jamás habrían tenido éxito semejante. Por esto Jesús se quedó con ellos cuarenta días después de la Resurrección: para demostrar con la larga permanencia de su vista la verdad de la Resurrección y que así no se tomara por un fantasma el Cristo que veían. Y no contento con eso, además comió con ellos, como más adelante lo dice el evangelista: *Y comiendo con ellos*. Y los Apóstoles esto alegaban siempre como argumento de la Resurrección, pues decían: *Los que comimos y bebimos con El*²³.

Y ¿en qué se ocupaba cuando se aparecía? Lo declara Lucas en lo que sigue: *Apareciéndoseles y hablándoles del reino de Dios*. Y pues andaban decaídos de ánimo y tenían que emprender en seguida grandes luchas, una vez que les habló de lo que luego sucedería, finalmente: *Les ordenó que no se apartaran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre*. Primero los sacó a Galilea, cuando andaban temerosos y temblando de miedo, para que pudieran escucharlo libres de todo temor. Luego, terminadas las instrucciones a las que dedicaron los cuarenta días: *Les ordenó que no se apartaran de Jerusalén*. ¿Por qué? Porque así como nadie permite a los soldados que han de combatir salir a la batalla antes de estar armados; ni se permite que los carros salgan de sus terminales antes de que estén provistos de aurigas, así Cristo no permitió que los Apóstoles comparecieran en el campo de batalla antes de la venida del Espíritu Santo, para que no fueran fácilmente vencidos por la turba de enemigos.

Además porque muchos allí en Jerusalén habían de creer; y también para que no se dijera que ellos, abandonando a sus conocidos y conciudadanos, se iban por ostentación a los extraños. Por tales motivos dan testimonio de la Resurrección allí mismo entre los que habían dado muerte a Jesús. Entre aquellos mismos, lo repito, que lo habían crucificado y sepultado; en la ciudad misma en que se había cometido aquel crimen impío; de manera que aun por aquí se les cerrara la boca a los infieles. Apareciendo en medio de los creyentes y de quienes lo habían crucificado se sacaba de ello un fortísimo argumento para la verdad de la Crucifixión y del crimen mismo y de la Resurrección.

Y para que no dijeran los Apóstoles: ¿Cómo podremos vivir entre tantos criminales y homicidas, nosotros que somos tan pocos y tan de nada? advierte en qué forma les quita semejante angustia y les resuelve la dificultad diciendo: *Sino que esperaran la promesa del Padre que de mi boca escuchasteis*. Preguntarás: ¿cuándo la escucharon?

Cuando les dijo: *Os conviene que Yo me vaya. Pues si no me fuere no vendría el Paráclito a vosotros*²⁴. Y también: *Yo rogaré al Padre y El os enviará otro Paráclito que permanezca con vosotros*²⁵. ¿Por qué no vino el Espíritu Santo estando presente Cristo, o a lo menos inmediatamente después de su partida; sino que Cristo subió a los Cielos a los cuarenta días y el Espíritu Santo no bajó hasta cumplirse los días de Pentecostés? Todavía más: si aún no había venido, ¿por qué Cristo dijo a los Apóstoles en la noche de la Resurrección: *Recibid el Espíritu Santo?* Fue para irlos preparando y hacerlos idóneos para recibirla solemnemente. Si Daniel cuando iba a ver a un ángel desfallecía, mucho más habrían desfallecido los Apóstoles al recibir un don tan grande.

Este sentido hay que dar a esas palabras, o bien decir que hablaba de un suceso futuro como si ya se hubiera realizado. Como cuando dijo: *Calcad las serpientes y los escorpiones y todo el poder del enemigo*²⁶. Pero en fin, ¿por qué no vino el Espíritu Santo inmediatamente después de la partida de Cristo? Porque era necesario que se inflamaran en deseos y así recibieran aquel don. Por tal motivo el Espíritu Santo no vino hasta que se fue Jesús. Si hubiera venido estando aún presente Jesús, no lo habrían esperado con tan grande expectación. Por igual motivo no vino en seguida de la Ascensión, sino después de ocho o nueve días.

De manera semejante, nosotros acudimos a Dios sobre todo cuando nos encontramos necesitados. Así el Bautista envió sus discípulos a Jesús al tiempo en que éstos necesitabanlo, pues Juan se encontraba encarcelado. Por otra parte, convenía que se presentara en el Cielo nuestra propia naturaleza y quedara perfecta la reconciliación y luego viniera el Espíritu Santo, y así tuviéramos un consuelo puro y sin mezcla. Si estando ya presente el Espíritu Santo y quedándose acá entre nosotros, se hubiera ido Jesús, el consuelo no habría sido tan perfecto, puesto que los Apóstoles habrían sentido tristeza al separarse de Cristo, a quien tan íntimamente se encontraban unidos.

Por esto para consolarlos les decía: *Os conviene que Yo me vaya.* Y así tarda un poco en enviar al Espíritu Santo, para que por cierto lapso experimenten la tristeza y, como ya dije, se encuentren necesitados, y así gocen luego de un placer puro y perfecto. Advierte que si el Espíritu Santo fuera menor que el Hijo, el consuelo no habría sido suficiente; y entonces, ¿cómo hubiera podido decirles: *Os conviene que Yo me vaya?* Y también se le reservó al Espíritu Santo comuni-

carles una más amplia y levantada doctrina, para que no creyeran ser El menor que el Hijo.

Considera cuán recia necesidad les impuso de permanecer en Jerusalén, al prometerles que allí se les daría el Espíritu Santo. Con semejante atadura los detiene allí a todos para que no se dispersen después de la Ascensión. Una vez que les hubo dicho: *Sino que esperarán la promesa del Padre que de mi boca habéis escuchado*, añadió: *Porque Juan a la verdad os bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo de aquí a pocos días*. Declara por aquí cuán grande sea la diferencia que hay entre El y el Bautista; y esto ya no oscuramente como antes. Porque anteriormente con mucha oscuridad había dicho: *El menor en el Reino de los Cielos es mayor que él*²⁷. Ahora más claramente afirma: *Juan os bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo*. No se apoya en el testimonio de Juan, sino que únicamente lo menciona, trayendo a la memoria lo que antes les había dicho, y dándoles a entender que son mayores que el Bautista, pues van a ser bautizados con Espíritu Santo.

Y no dijo Jesús: Yo os bautizo con Espíritu Santo, sino: *Seréis bautizados*, enseñándonos así la humildad. Pues según el testimonio de Juan, era claro que Jesús los bautizaría; puesto que había exclamado: *El os bautizará con Espíritu Santo y con fuego*²⁸. Por lo cual solamente hizo mención de Juan. Los Evangelios son la historia de lo que Cristo hizo y dijo; y los Hechos son la historia de lo que el Paráclito dijo e hizo. Ciertamente ya de antigua muchas cosas hacía el Espíritu Santo, como también ahora después muchas hace Cristo y también antes hizo. Pero antes las hacía a través del templo; ahora las hace por medio de los Apóstoles.

Descendió el Espíritu Santo al seno de María y formó allí el templo; ahora baja a las almas de los Apóstoles. Antes bajó en forma de paloma; ahora, en apariencias de fuego. ¿Por qué? Porque entonces demostraba su mansedumbre, ahora en cambio demuestra lo severo de su venganza. Y así oportunamente trae a la memoria el juicio. Cuando se trataba de perdonar los pecados, era necesaria mucha mansedumbre; pero una vez que ya recibimos el don, es tiempo de juicio y de examen. ¿Por qué dice: *Seréis bautizados*? En el cenáculo no había agua. Así se dice que Cristo fue ungido, aunque nunca lo fue con óleo, sino que recibió el Espíritu Santo. Por lo demás, podemos encontrar que también fueron bautizados con agua y esto en varias

ocasiones. Entre nosotros ambas cosas se verifican al mismo tiempo; pero entonces se hacían en tiempos diversos. Al principio fueron bautizados por Juan; y no es cosa de maravillar. Pues si al bautismo de Juan concurrieron meretrices y publicanos, sin duda que con mayor razón acudieron quienes después habían de ser bautizados con el Espíritu Santo.

Y para que no dijeran que todo se reducía a promesas, para lo futuro (pues mucho se les había anunciado a este propósito), ni tampoco pensaran que se trataba de una operación sin contenido, los saca Jesús de semejante error diciendo: *De aquí a pocos días*. No les puntualizó la fecha con el objeto de que permanecieran siempre vigilantes; pero les dijo que sería en breve, para que no decayeran de ánimo. No lo precisó para que vivieran despiertos. Y los induce a creer no sólo por lo breve del tiempo, sino también diciéndoles: *La promesa que ofsteis de mi boca*. Como si les dijera: No os lo anuncio ahora por primera vez, sino que ya os prometí lo que ahora se realizará sin falta.

Entonces ¿por qué te admiras de que no les declare el día determinado de la consumación de los siglos, cuando no quiso determinarles ni aun un día ya tan cercano? Y razonablemente lo hizo así, para que en espera vigilaran y anduvieran solícitos. Porque no, no puede disfrutar de semejante don quien no vigila. ¿No ves lo que Elías dijo a su discípulo Eliseo?: *Si me vieres en el momento en que yo sea arrebatado, se te concederá eso*²⁹; o sea se te dará lo que pides. Y también Cristo solía decir a los que se le acercaban. ¿Crees? Si no anhelamos fervorosamente el don, tampoco apreciaremos en mucho el beneficio. A Pablo no se le comunicó al punto la gracia, sino que se interpuso el triduo en que permaneció ciego; y mientras con el temor se purificaba y preparaba. Así como los que tiñen en púrpura, primero preparan con otras cosas la tela que ha de recibir la púrpura, a fin de que ésta no se desflore y pierda su brillo, así acá en nuestro caso Dios prepara al alma anhelosa y luego le infunde el don. Y fue este un motivo de no enviarles el Espíritu Santo inmediatamente, sino hasta Pentecostés.

Y si alguno pregunta ¿por qué nosotros no bautizamos en ese tiempo?, responderemos que el don aquel antiguo es el mismo que ahora se da; por que ahora las mentes se encuentran más elevadas y están más preparadas a causa del ayuno. Ciento que el tiempo de Pentecostés tiene en su favor una razón no vana. ¿Cuál es? Pensaron nuestros Prelados que el bautismo era un freno apto contra las malas

concupiscencias y que encerraba en sí una gran enseñanza, o sea que aun en el tiempo de la alegría tenemos que ser templados. Como si comiéramos con Cristo, participando de su mesa, por lo cual nada hagamos tontamente, sino que vivamos en ayunos, en oraciones y en templanza grande.

Si quien ha de recibir una alta dignidad secular prepara todo lo referente a su modo de vivir; y para mostrarse digno gasta sus dineros, emplea su tiempo y se entrega a infinitos trabajos, ¿de qué suplicio no seríamos dignos nosotros, pues con tanto descuido nos acercamos al Reino de los Cielos, sin deseos antes de recibirla y sin fervor y presteza una vez recibido? Y somos perezosos tras de haberlo recibido porque no anduvimos vigilantes antes de recibirla. Tal es el motivo de que muchos, tras haberlo recibido, se tomaron al vomito primero y se hicieron peores y merecieron más graves castigos, pues ya habían sido librados de sus pecados. Y tanto más excitaron la ira del Juez cuanto que, libres de tan grave enfermedad, ni aun así se enmendaron; sino que les acontenció aquello con lo que amenazaba Cristo al paralítico cuando le decía: *Mira que has recibido la salud. No peques ya más, no sea que te suceda algo peor*³⁰. Y lo que predijo a los judíos profetizándoles que por su ingratitud sufrirían penas intolerables: *Si Yo no hubiera venido y no les hubiera hablado no tendrían pecado*³¹.

De modo que en adelante los pecados son dos y aun cuatro. ¿Cómo es esto? Porque tras de tan gran honor recibido, somos ingratos y perversos. Por lo cual no nos aprovecha el bautismo para ser más levemente castigados. Considera esto. ¿Cayó alguno en pecados graves, en asesinatos, en adulterio o en algo peor que admitió? Por el bautismo se le ha perdonado. Porque ciertamente no hay pecado alguno, ninguna impiedad que no se borre con ese don: ¡es don divino! Pero cae de nuevo en adulterio, asesina. El adulterio anterior al bautismo se le ha perdonado, y la sentencia de perdón no se revoca. Pues dice Pablo: *Los dones y la vocación de Dios son irrevocables*³². En cambio, por los pecados cometidos después del bautismo, sufrimos tanto de castigo cuanto sería si aquellos pecados anteriores no hubieran sido perdonados, y aun mayor.

La razón es que ya no se trata de un pecado simple, sino de dos y tres pecados. Y que el castigo sea mayor, oye cómo lo dice Pablo: Quien quebranta la Ley de Moisés sin misericordia es condenado a muerte por dos o tres testigos. Pues ¿cuánto mayor castigo pensáis

que merece quien haya pisoteado al Hijo de Dios y haya manchado la sangre del Testamento y haya injuriado el don del Espíritu Santo? Quizá con lo dicho apartamos a muchos de recibir ahora el bautismo. Pero no fue esa nuestra intención en lo que dijimos. Sino que quienes ya lo recibieron perseveren en grande templanza y modestia. Dirá alguno: ¡es que temo! Si de verdad temieras, ya habrías recibido el bautismo y lo cuidarías. Instarás: pues precisamente por eso no lo recibo, por el temor que tengo. Pero ¿no temes salir de esta vida en ese estado? Responderás: ¡clemente es Dios! Pues bien, recibe el bautismo, puesto que Dios es clemente y auxilia. Pero tú en donde convendría proceder empeñosamente no echas por delante semejante clemencia; y en cambio, cuando anhelas diferir la obra entonces te acuerdas de la clemencia. Pues bien: el tiempo de bien usar de la dicha clemencia es cuando ponemos lo que está de nuestra parte, y entonces mejor la conseguimos.

A quien todo lo deja a Dios y peca después del bautismo, como hombre que es, se le perdonará si hace penitencia; pero quien astutamente trata de la clemencia divina, si sale de este mundo sin la Gracia, será castigado con el inevitable suplico. ¿Por qué te vales de esos artificios en contra de tu salvación? Puesto que es imposible ¡sí, es imposible!. yo así lo juzgo, que quien apoyado en semejante confianza difiere el bautismo llegue a realizar algo bueno y con fervor. Mas ¿por qué tanto temes y lo vas dejando para un futuro incierto? ¿Por qué no cambias tu miedo en trabajo y diligencia y llegas a ser varón grande y admirable? ¿Qué es mejor: temer o trabajar? Si alguno a ti, perezoso, te alojara en una casa próxima a la ruina y te dijera: Espérate, a que las vigas ya podridas te caigan sobre la cabeza (pues al fin y al cabo quizás se caigan, quizás no), si es que no te gusta trabajar para vivir en una habitación más segura ¿qué elegiría? ¿Ese ocio lleno de temores o ponerte a trabajar apoyado en la buena esperanza? Pues procede en el caso con el mismo criterio. Porque ese futuro incierto es como una casa que amenaza caerse; mientras que el trabajo de reparación, aunque pesado, promete ponerte en seguridad.

¡Lejos, pues, de nosotros el ir a caer en semejante desgracia y tan tremenda, como caer en pecado después del bautismo! Pero si acaso nos sucediere, no por eso desesperemos. Porque clemente es el Señor y nos ha dejado muchos caminos para salvarnos y alcanzar el perdón después del bautismo. Por lo demás, así como los que pecan después del bautismo son castigados más gravemente que los catecúmenos; así quienes, conocen el remedio de la penitencia, pero no quieren usarlo,

sufrirán tormentos mayores. Por cuanto es mayor la clemencia divina, tanto más crece el castigo, si abusamos de ella.

¿Qué es lo que dices, oh hombre? Repleto de tan graves males y ya rechazado y desesperanzado, repentinamente has sido hecho amigo de Dios, y elevado a la cumbre de los honores y no por trabajo suyo, sino por don y gracia de Dios, de nuevo te has tornado a tus antiguas torpezas aun sabiendo que por ello serás más duramente castigado; y sin embargo el Señor ni aún así te ha abandonado, sino que te ha dado mil oportunidades de salvación, por medio de las cuales vuelvas a su amistad; y tú ¿ni aún así quieres tomarte el trabajo? Pero ¿de qué perdón serás digno? ¿Cómo no se burlarán de ti con todo derecho los gentiles como de un zángano que inútil y neciamente pasa su vida? Porque dirán: si tanto puede la virtud entre vosotros ¿a qué viene esa multitud de no iniciados? ¡Vaya unos preclaros y deseables misterios!

Nadie confíe en que ya moribundo recibirá el bautismo. Ese tiempo ya no es de misterios sino de testamento. El tiempo de los misterios es cuando la mente se halla despejada y el alma vive en templanza. Dime: sin nadie quiere en semejantes circunstancias hacer testamento y si lo hace da ocasión a posteriores litigios; y por tal motivo los que testan añaden: Yo viviendo y en mi pleno juicio dispongo... ¿cómo quien ya no está en sus cabales podrá ser cuidadosamente iniciado en los misterios? Si en los negocios seculares las leyes no permiten testar a quien no tiene la mente clara, siendo así que ha de disponer de sus haberes, ¿cómo podrá con claridad ser instruido acerca del Reino de los Cielos y de aquellos bienes arcanos el que a causa de la enfermedad muchas veces ha perdido ya la cabeza?

¡En semejantes condiciones dirás a Cristo: *Sepultado contigo*, cuando ya estás para salir de este mundo! La benevolencia debe manifestarse en palabras y en obras. Pero tú procedes como si alguno quisiera ser inscrito en la milicia cuando ya la guerra toca a su fin; o como si un atleta deja sus vestidos para entrar al certamen cuando ya el público se ha levantado para salir del estadio. No te revistes las armas para ponerte inmediatamente en fuga, sino para con ellas vencer al enemigo y erigir trofeos.

Y que nadie piense que este discurso es inoportuno porque estamos en tiempo de cuarentena. Por mi parte me aflige grandemente que para estos asuntos estéis esperando los tiempos del año. El eunuco aquel de Felipe, aunque bárbaro y puesto en camino, no anduvo esperando tiempos, sino que en mitad del viaje fue bautizado. Tampoco

dejó de bautizarse el carcelero aquel de Pablo y Silas, metido entre encadenados y viendo a su maestro azotado y atado y que debía permanecer en la cárcel. Acá, en cambio, muchos ni viandantes ni encarcelados, difieren el bautismo, y esto aun estando en el último aliento de su vida.

Si dudas aún de que Cristo es Dios verdaderamente, quédate allá fuera y no vengas a oír la palabra divina ni te cuenten entre los catecúmenos. Pero si tienes fe y sabes perfectamente que Cristo es Dios ¿por qué dudas? ¿por qué te rehusas? ¿por qué andas en perezas? Responderás: Es que temo caer luego en pecado. ¿Y no temes lo que es peor aún, o sea el partir para la eternidad con tan grave carga de pecados? Porque no es igual culpa el no alcanzar la Gracia puesta delante y el no lograr alcanzarla tras de haberlo procurado. Dime, si se te echa en cara por qué no te acercaste, por qué no llevaste a cabo esa obra buena, ¿qué responderás? En el caso de bautizarte podrás alegar como excusa de tu falta el peso de los mandamientos y el trabajo de la virtud. Pero si no lo recibes no tendrás ni esa excusa. Porque este don se concede gratuitamente a la libertad.

¿Temes caer luego en pecado? Di esto después del bautismo. Entonces teme para que así te conserves libre de pecado, libertad que en el bautismo recibiste; pero no lo digas para no recibir gratuitamente tan excelente don. De modo que tú antes del bautismo eres piadoso y temes ¿y después del bautismo te tornas perezoso? ¿Será que esperas el tiempo de cuaresma? ¿Por qué? ¿Qué tiene más ese tiempo que el otro? Los Apóstoles no recibieron el don del Espíritu Santo en la Pascua sino en otro tiempo del año. Los tres mil y los cinco mil primeros cristianos tampoco esperaron la Pascua para bautizarse, como tampoco Cornelio, ni el eunuco ni otros muchos. No esperemos, pues, determinado tiempo; no sea que por estar dudando y difiriendo el bautismo, partamos de esta vida sin esos grandes y excelentísimos bienes.

¿Cuánto creéis que me atormento cuando oigo decir que alguno de los no iniciados ha muerto, y pienso en aquellos intolerables suplicios e inevitables castigos? Y también ¿cuánto me aflico cuando veo que otros, llegados hasta el último aliento, sin embargo no se arrepienten ni enmiendan? Por ese motivo se hacen cosas indignas de don tan grande. Me refiero a que cuando convenía gozarse, celebrar danzas, alegrarse, coronarse de flores al iniciarse alguno en los misterios, al revés, si la esposa del enfermo escucha que el médico determina ser

tiempo de recibir el bautismo, llora como si se tratara de una gran desgracia y se lamenta, y andan los gemidos y sollozos por toda la casa, como si ya sacaran a alguno condenado al cadalso.

Y es entonces cuando el enfermo se duele; y si convalece de su enfermedad, más duramente se aflige como si le hubiera sobrevenido algún grave daño. Como no estaba preparado para vivir virtuosamente, sigue viviendo en pereza y rehuye el combate de la virtud. ¿Observas cuántas maquinaciones prepara el demonio y cuántas burlas y cuántas mofas? Evitemos esas mofas. Vivamos como ordena Cristo. No instituyó El el bautismo para que en seguida expiremos y nos vayamos de esta vida, sino para que, viviendo después del bautismo fructifiquemos. ¿Cómo podrás decir al que ya parte de este mundo y está cortado a viva fuerza de entre los vivos: jea, fructifica!?

¿No has oído que: *Los frutos del Espíritu Santo son caridad, gozo y paz?*³³. Entonces, ¿cómo es que acontece todo lo contrario? Presente se halla la esposa deshecha en llanto cuando convenía que se alegrara. Lloran los hijos cuando lo conveniente sería congratularse; el enfermo, a su vez, yace ofuscado, lleno de turbación y alboroto cuando lo conveniente sería estar de fiesta. Pero se encuentra totalmente envuelto en tristezas, porque deja huérfanos a los hijos, viuda a la esposa y abandonados hogar y hacienda.

Pero yo pregunto: ¿es ésta la preparación debida para recibir los misterios? ¿Se acerca uno así a la mesa sagrada? Pero tal cosa ¿puede tolerarse? Si el emperador por medio de sus cartas deja libres a los que ya estaban encadenados en la cárcel, todo es gozo y alegría. Y Dios envía del Cielo su Espíritu que perdona, no deudas pecuniarias aún no del todo pagadas, sino todos los pecados, ¿y andáis todos llorando y gimiendo? ¿A qué se debe semejante anomalía? Y todavía no me refiero a que a veces se echa el agua del bautismo al que ya está muerto y a que las cosas santas yacen por el suelo. Nosotros no tenemos la culpa de eso, sino los hombres malagradecidos.

En consecuencia, os suplico que, haciendo a un lado todos los demás negocios, nos convirtamos a Dios y con toda presteza nos acerquemos al bautismo, para que habiendo en esta vida puesto toda diligencia, alcancemos la confianza futura. Ojalá a todos nos acontezca conseguirla, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual sean la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Notas

1. Juan XIV, 12.
2. Juan XIII, 35.
3. II Timot. IV, 11.
4. II Cor. VIII, 8.
5. Todos los códices ponen doce. En realidad eran ya sólo once.
6. I Cor. XV, 1.
7. Juan XVI, 12.
8. Deut. VI, 4.
9. Juan I, 34.
10. *Ibid.* V, 11.
11. Juan XV, 27.
12. Hechos II, 32-33 *ad sensum*.
13. Hechos X, 41.
14. Juan XXI, 25.
15. Mat. XVIII, 14.
16. Mat. XI, 29.
17. Mat. VIII, 20.
18. Mat. V, 40.
19. Filip. III, 17.
20. La conexión de este párrafo con el anterior es oscura.
21. Mat. XII, 28.
22. Mat. XXVIII, 20.
23. Hechos X, 41.
24. Juan XVI, 7.
25. Juan XIV, 16
26. Luc. X, 9. El original del Evangelio dice: “Ved que os he dado poder caminar sobre serpientes y escorpiones”. De modo que el argumento del Santo resulta muy débil.
27. Mat. XI, 11.
28. Luc. III, 16.
29. II Reyes II, 10.
30. Juan V, 14.
31. Juan XV, 22.
32. Rom. XI, 29.
33. Gálat. V, 22.

HOMILIA II

*Los reunidos le preguntaban: Señor ¿es éste el momento en que vas a restituir el reino de Israel?
(Hechos 1, 6).*

Los DISCÍPULOS están todos reunidos y van a preguntar para obtener una respuesta en atención a la multitud. Recordaban bien lo que Jesús les había dicho: *nadie conoce ese día*¹: palabras de quien rechaza la pregunta y no de quien ignora el día, sino que quiere ir difiriendo la respuesta. Por tal motivo de nuevo se le acercan y le preguntan. No le habrían preguntado si no hubieran estado sinceramente persuadidos de que Jesús había diferido la respuesta. Habían oído que recibirían el Espíritu Santo y se consideraban ya dignos de conocer ese día, preparados como estaban para obtener su interior libertad.

No querían ellos arrojarse a peligros, sino más bien descansar libres de ellos, pues no eran pequeñas las cosas que les habían acontecido, sino que ya se habían encontrado en extremo peligro. Para nada se refieren al Espíritu Santo; y preguntan de este modo: *Señor ¿es éste el momento en que vas a restaurar el reino de Israel?* No preguntaron cuándo, sino si ya en este momento. Tantas ansias tenían de conocer el día. Por lo mismo se le acercan en forma muy comedida.

Yo pienso que no sabían a punto fijo de qué reino se trataba, pues aún no los había enseñado el Espíritu Santo. Y no dijeron: ¿cuándo sucederá eso?, sino ¿qué? *¿Es éste el momento en que vas a restaurar el reino de Israel?* Porque ese reino ya había desaparecido. Preguntan en esa forma porque aún estaban apegados a las cosas sensibles, aunque ya no tanto como antes. Pues aún no eran perfectos. Pero, en fin, ya pensaban de Cristo algo más alto. Y pues ya habían sido llevados a más sublimes pensamientos, Cristo a su vez les habla en forma más sublime. No les dice: *Ni el Hijo del hombre conoce ese día*², sino

¿qué?: No os incumbe a vosotros conocer los tiempos y las circunstancias que el Padre con su autoridad se ha reservado. Como si les dijera: Pedís cosas superiores a lo que os corresponde.

Dirás que ya habían ellos aprendido cosas más altas. Pues bien, para que con mayor exactitud conozcas eso mismo que afirmas, advierte muchas que voy a enumerar. ¿Podían ya llegar a saber algo superior a estas cosas? Sabían que El era el Hijo de Dios; que era igual en honor a su Padre; que vendría la Resurrección; que El subiría a sentarse a la diestra del Padre. Sabían algo aún más estupendo: que la carne se sentaría allá arriba para ser adorada de los ángeles; que El vendría de nuevo para juzgar al mundo universo; sabían que también ellos se sentarían como jueces de las doce tribus de Israel; y que los gentiles entrarían al reino de los judíos, mientras que éstos serían echados fuera.

Cosa grande era saber que todo esto sucedería; pero, sabiendo que alguno va a reinar, saber cuándo sucederá eso no es cosa, tan grande. Supo Pablo cosas que no le es lícito al hombre declarar, y todo lo que precedió a este universo. ¿Qué es más: conocer el principio o el fin? Es claro que lo primero. Pues bien, eso lo conoció Moisés y lo declaró al enumerar los años y cuándo y cuánto tiempo antes fue ese principio. También lo supo Salomón, por lo cual dice: *Haré memoria de las cosas que existieron desde el principio.* Y que la venida del Señor esté cerca, después lo conocieron otros, como Pablo, que dice: *El Señor está próximo. No os conturbéis por nada*³.

Por entonces los discípulos no sabían el día, aunque ya conocían las señales de ese día último. Por su parte Cristo, así como dijo: *No muchos días después*, queriendo decir que permanecieran vigilantes, pero sin declararles plenamente la fecha, así procede ahora de igual modo. Por lo demás, aquí los discípulos no preguntan acerca de la consumación de los siglos, sino acerca del reino. Por esto decían: *Si éste es el momento en que vas a restaurar el reino de Israel?* Pero Jesús ni aun esto les descubrió. Anteriormente sí le preguntaron acerca del fin de los tiempos. Pero ahora no les responde como entonces con alguna severidad, cuando los apartó de la creencia de que la liberación de ellos estaba cerca y les puso delante los peligros y los empujó a afrontarlos. Ahora les dice lo mismo, pero con mayor suavidad.

Para que no creyeran que se les hacía injuria ni que sólo se trataba de meras excusas, oye cómo al punto les promete darles algo de que

se alegrarán. Por tal motivo añadió: *Pero vais a recibir la virtud del Espíritu Santo que vendrá a vosotros. Y seréis mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y en Samaria y hasta los confines de la tierra.* Y para que no le preguntaran más, al punto fue arrebatado al cielo. Así como anteriormente los envolvió en los temores de la oscuridad diciendo que El no conocía el día, así ahora lo hace aquí el evangelista con la expresión: *fue arrebatado*.

Sumamente anhelaban conocer ese día y no habrían desistido de preguntar; pero era en absoluto necesario que ignoraran lo que anhelaban saber. Dime: ¿a qué dan menos fe los gentiles: a que vendrá la consumación de los siglos o a que Dios se haya hecho hombre y haya nacido de una Virgen y lo hayan visto en carne los hombres? ¿Acaso no a esto último? Y sin duda que tú responderás en ese sentido. Pero me da vergüenza el estar hablando tan frecuentemente de este asunto como si fuera algo sin importancia e indiferente. Pues bien, para que no le dijeran: ¿por qué dejas en suspenso el asunto?, les dice: *Que el Padre con su autoridad se ha reservado*. Pero la potestad del Padre y la del Hijo es una misma, como lo explicó El mismo al afirmar: *Así como mi Padre resucita los muertos y los hace vivir, así el Hijo da vida a quienes le place*⁴. Si pues tratándose de las obras el Hijo procede con la misma potestad del Padre, ¿acaso cuando se trate de saber algo, no lo sabe también el Hijo? Por cierto, mucho más es resucitar a los muertos que conocer el día de la consumación. Pues si el Hijo procede con propia potestad en lo que es más, ¿acaso no hará lo mismo en lo que es menos?

Par que entendáis la cuestión os la declararé poniendo un ejemplo: Así como cuando vemos a un niño que llora y nos pide algo que él no necesita, le ocultamos lo que pide y le mostramos nuestras manos vacías y le decimos: Mira que no lo tenemos; así hizo Cristo con los Apóstoles. Pero como el niño que suponemos, si no le damos lo que pide insta llorando por verse engañado, y nosotros al punto nos apartamos de él alegando: Me llaman; y dámole otra cosa cualquiera para distraerlo de su anhelo, y alabamos el objeto con que sustituimos lo que él quería, e inmediatamente desaparecemos, así hizo Cristo.

Anhelaban ellos conocer el día; pero El niega saberlo. Sin embargo, primero los aterroriza. Mas como de nuevo preguntaban, de nuevo les dijo no saberlo, aunque ya no los atemoriza; sino que, en habiéndoles declarado lo que había hecho, les presentó el motivo probable. Les dice: *El Padre con su autoridad se lo ha reservado*. Pero ¿cómo

es esto? ¿ignoras tú lo que el Padre sí conoce? ¿Acaso conoces al Padre, pero ignoras las cosas del Padre? Tú dijiste: *Nadie conoce al Padre, sino al Hijo*⁵, y también Pablo: *El Espíritu todo lo sondea, aun los abismos de Dios*⁶. ¿En cambio tú ni siquiera conoces el día? ¡Lejos tal cosa! No habló así para que entraramos en semejantes incertidumbres. Solamente simula ignorarlo para apartar a los discípulos de una inoportuna pregunta. Estos no se atrevieron a preguntarle nada más, para no oír de sus labios: *¿También vosotros no comprendéis aún?*⁷ Y ahora temían más que anteriormente que se les dirigiera ese reproche.

Pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá a vosotros. Así como anteriormente no respondió a lo que le preguntaban (por ser propio del maestro responder no a lo que el discípulo quiere, sino a lo que a éste conviene), así ahora les predice lo que les convenía que supieran, para que no se turben y tal vez también porque aún eran rudos. Levanta sus ánimos para darles confianza, pero oculta la parte trabajosa. Y pues en seguida tenía que abandonarlos, no les contesta ásperamente, sino ¿qué?: Mitiga lo duro interponiendo una alabanza. Como si les dijera: No tengáis temor: *Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá a vosotros. Y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaria.*

Antes les había dicho: *No os dirijáis a los gentiles ni entréis en las ciudades de los samaritanos*⁸, pero ahora quiere que prediquen en toda Judea y en Samaria; y lo que entonces no dijo lo añade ahora: *Y hasta los confines del orbe.* Y una vez que les hubo comunicado y ordenado lo más tremendo de todo, para que ya nada más le preguntaran: *A vista de ellos, fue arrebatado a lo alto y una nube lo sustrajo a las miradas de ellos.* ¿Has advertido cómo ellos predicaron el Evangelio y llenaron de él toda la tierra? Verdaderamente gran empresa les encomendó. Como si les dijera: Por allí en donde tuvisteis temor, o sea en Jerusalén, por allí comenzad la predicación, y seguid luego hasta los confines de la tierra. Y para confirmarlo en la fe de lo que les decía, *A la vista de ellos fue arrebatado a lo alto.* No resucitó a la vista de ellos, pero sí fue arrebatado a la vista de ellos; aun cuando ni aquí lo pudo todo la vista. Vieron el fin, pero no el principio de la Resurrección; vieron el principio, mas no el fin de la Ascensión.

En realidad ver el comienzo de la Resurrección habría sido cosa inútil, presente ya el mismo Cristo que les hablaría, y testificando el

propio sepulcro que El ya no estaba allí. Pero lo que seguía a la Ascensión eso sí convenía declararlo con palabras; ya que no podían los ojos alcanzar tan sublimes alturas ni demostrar si subía El al cielo o a un sitio parecido al cielo. Mira, pues, lo que sucedió. Sabían que el que subía era el mismísimo Jesús, pues había estado hablando con ellos; pero una vez que se alejó, los ojos no podían reconocerlo. Que fue recibido en los Cielos, lo testificaron luego los ángeles. Advierte cómo Dios proveyó para que no todo se supiera por el Espíritu Santo, sino que algunas cosas las percibieran los ojos. Mas ¿por qué una nube lo sustrajo a las miradas de ellos? Porque también esto era una señal de haber El subido a los Cielos. No lo recibió el fuego como a Elías, ni un carro de fuego, sino una nube que era símbolo del Cielo, como dice el profeta: *Haces las nubes carro tuyo*⁹. Aunque en verdad en el salmo habla del Padre. Dice nube declarando ser ésta símbolo del poder divino. Porque en la nube se advierte otra clase de poder. Oye también lo que dice otro profeta: *El Señor se asienta en una nube ligera.* (*Isaías XIX, 1*).

Sucedió, pues que Jesús fuera arrebatado a lo alto mientras le preguntaban de cosas que a ellos les parecían necesarias y estaban muy atentos a sus palabras y bien dispuestos y despiertos y no dormitando. También en el monte Sinaí estaba El envuelto en una nube cuando se le acercó Moisés y entró en la tiniebla; pero la nube no era por causa de Moisés. Y no les dijo abiertamente: *Yo me voy*, para que no se dolieran de nuevo, sino que les dijo: *Os envío el Espíritu Santo*¹⁰. Y lo vieron con sus propios ojos subir al Cielo. ¡Oh cuán bello espectáculo se les concedió! Pues dice el autor: *Y mientras con los ojos fijos en El miraban cómo se iba, se les presentaron dos varones vestidos de túnicas blancas, y les dijeron: Varones galileos, ¿por qué os estáis aquí mirando al cielo? Este Jesús que os ha sido arrebatado al cielo (hablan como los que señalan alguna cosa); éste que os ha sido arrebatado al cielo, volverá de la misma manera que lo habéis contemplado subir al cielo.* De nuevo la aparición es alegre. Pues unos ángeles en figura de hombres se les presentaron y les dijeron: Varones galileos [¿y para qué les habrían recordado la patria si no fuera para ser creídos?]. Por su belleza misma hacían que los discípulos se fijaran en ellos, pues con ella declaraban haber bajado del Cielo.

¿Por qué no es Cristo en persona quien les comunica este mensaje sino los ángeles? Ya anteriormente Jesús les había dicho eso, y ahora

les recuerda por boca de los ángeles lo mismo que les había dicho. Y no dijeron los ángeles: Al que visteis ser llevado, sino: *Al que visteis ir al cielo*, para declarar por eso de ser arrebatado Cristo, que se trataba de una Ascensión. Lo propio de la carne es ser arrebatada. Por esto dicen: *El que os ha sido arrebatado, del mismo modo vendrá*. No dicen: Será enviado, sino: *Vendrá*. Entonces ¿en qué es menor el Hijo al Padre? *Y la nube lo recibió*. Perfectamente dicho, puesto que es El quien sube en la nube: *El que descendió ese mismo es el que ascendió*¹¹.

¿Adviertes cómo unas cosas se dicen conforme a la capacidad de los discípulos y otras conforme a la dignidad de Dios? Con esto el pensamiento de los que contemplaban la Ascensión se levantó finalmente a mayores alturas; y mediante esa Ascensión Cristo les dio más amplias noticias acerca de su segundo Advenimiento; porque eso significa: *De la misma manera vendrá*; es decir en cuerpo glorioso, que era lo que ellos deseaban saber. Y también que vendrá en una nube a juzgar.

Y he aquí que se les presentaron dos varones. ¿Por qué empleó Lucas la palabra *varones*? Porque los ángeles tenían la forma de hombres ya perfectos a fin de no espantar a los discípulos. *Los cuales les dijeron: ¿Por qué os estáis mirando al cielo?* Palabras son estas propias de quienes halagan; pero tales que no permitían esperar pronto la vuelta de Cristo. Declaran los ángeles lo principal, pero no lo que es menos importante. Dicen que el vendrá y que se le ha de esperar descendiendo El del cielo; pero callan el cuándo. Los ángeles con sus palabras los apartan del espectáculo y los vuelven atentos, a fin de que, pues ya no veían a Jesús, no pensaran que no había subido a los Cielos. Y también los fortifican y previenen. Pues si anteriormente le habían preguntado: *¿A dónde vas?*, con mayor razón ahora podían preguntar: *¿Si ahora es el momento en que restauras el reino de Israel?* Conocían ser su mansedumbre de tan alto grado, que ahora le preguntan: *¿Si es el momento en que restauras?* Anteriormente les había dicho: *Oiréis hablar de guerras y rumores de guerras, mas no es todavía el fin*,¹² ni será entonces la toma de Jerusalén. Pero ellos preguntan acerca del reino y no de la consumación de los siglos.

Por lo demás, después de la Resurrección, Cristo no tiene con ellos largas pláticas. De modo que ellos le preguntan como quienes esperan alguna gran noticia. Pero Jesús no les declara si restaurará o no el reino. ¿Qué necesidad tenían de saberlo? Con cierto temor,

deseando esa restauración, no le preguntan: *¿Cuál será la señal de tu advenimiento y del fin del mundo?*¹³, sino: *¿Es este el momento en que restauras el reino de Israel?* Ellos creían que ya era el momento. Por lo demás, ya en las parábolas El había dejado claro que ese advenimiento no estaba próximo. Y cuando ahora le preguntaron, respondió: *Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá a vosotros.* Advierte que dice: *Vendrá* y no que será enviado, para demostrar la paridad de honor con el Hijo y el Padre.

Entonces, oh tú, enemigo del Espíritu Santo, ¿cómo te atreves a decir que El es criatura? *Y seréis mis testigos.* Dejó entender la Ascensión; o mejor dicho, les trae a la memoria lo que ya le habían oído. Queda demostrado que subió a los Cielos. Dice el salmo: *Nube y oscuridad debajo de sus pies*¹⁴. Esto significa lo mismo que aquello otro: *Una nube lo recibió*, es decir al Rey de los Cielos. La carroza regia manifiesta al rey; y a Cristo se le envía la carroza real, para que nada triste diga a los discípulos ni a éstos les acontezca lo que a Eliseo, el cual, a causa de la partida de su maestro, rasgó sus vestiduras.

¿Qué dicen los ángeles? *Este Jesús que os ha sido arrebatado al Cielo, volverá de la misma manera que lo habéis visto subir a los Cielos.* Y continúa Lucas: *Y se les presentaron dos varones.* Correctamente. Porque por la boca de dos testigos se hará fidedigna toda palabra. Y ambos dicen lo mismo. Añade: *Con túnicas blancas.* Así como anteriormente delante del sepulcro habían visto un ángel con vestiduras resplandecientes, el cual se adelantó a decirles lo que ellos llevaban en su ánimo, así ahora también es el ángel el pregonero de la Ascensión: cosa que los profetas muchas veces habían predicho, lo mismo que todo lo tocante a la Resurrección. En todos los casos, los ángeles son mensajeros: en la Natividad, ante María, en la Resurrección y lo mismo en la Ascensión. Más aún: en el segundo Advenimiento de Cristo aparecerán los ángeles avanzando en vanguardia.

Una vez que hubieron dicho: *Este Jesús que os ha sido arrebatado*, para no perturbar a los discípulos, añaden: *Del mismo modo vendrá.* Y los discípulos descansaron un poco oyendo que el Señor retornaría y que retornaría así como lo habían visto que se iba; y que no sería inaccesible. Y no sin motivo se pone esa palabra, *os*, es decir a vosotros; pues con ella se declara el cariño de Cristo a los Apóstoles y la elección que hizo de Ellos; y deja entender que no abandonará Cristo a quienes ha elegido. De modo que se constituye El mismo en

testigo de su Resurrección. Porque ésta era mucho más admirable que cuantas cosas sucedieron antes del parto y aún después del parto. Pues dice El mismo: *Destruid este santuario y en tres días lo reedificaré*¹⁵.

El futuro Advenimiento los ángeles lo anuncian diciendo: *De la misma manera vendrá*. En consecuencia, si alguno anhela ver a Cristo, si alguno se duele de no haberlo visto, oyendo lo que dicen los ángeles, lleve una vida virtuosa y admirable, y logrará verlo y no le fallará su anhelo. Porque vendrá El con una gloria aún mayor, aunque de la misma manera; o sea en una nube y en su cuerpo propio; y será cosa más admirable verle descender así del cielo que verlo ascender desde la tierra.

Dijeron los ángeles que vendría, pero no dijeron la causa por la que vendría. El hecho confirma la Resurrección. Pues si ascendió con su cuerpo, mucho más razonable es que haya resucitado con su propio cuerpo. ¿Dónde están los que no creen en la Resurrección? ¿Son acaso, dime, gentiles o cristianos? Yo en verdad no lo sé. O mejor dicho: ¡lo sé perfectamente! Son gentiles que no creen en la creación. Porque es típico de ellos no conceder que Dios pueda hacer algo de la nada y negar que pueda resucitar los cuerpos ya sepultados. Y como les da vergüenza no conocer el poder de Dios, para que no se les acuse por eso, dicen: No es eso lo que afirmamos, sino que el cuerpo para nada se necesita.

Aquí viene bien decir: *El necio hablará necedades*¹⁶. ¿No os da vergüenza privar a Dios del poder de crear algo de la nada? Si sólo crea de la materia preexistente ¿en qué se diferencia de los hombres? Instan ellos [los maniqueos]: entonces ¿cuál es el origen del mal? Pero porque tú ignoras el origen del mal ¿vas a introducir un nuevo mal respecto del conocimiento del mal? Porque de aquí se siguen dos absurdos. Uno es que te atrevas a expresarte de esa manera. Puesto que si niegas que Dios puede crear de la nada tendrás que ignorar más profundamente el origen del mal. El otro absurdo es que hablando de esa manera, estableces la malicia ingénita y eterna. Considera cuán trabajoso sea que quien anhela conocer la fuente de los males no llegue a conocerla y les atribuya otra fuente distinta. Investiga el origen de los males, pero no blasfemes de Dios.

Preguntarás: ¿Cómo es eso de que blasfemo? ¿Qué dices, que no blasfemas? Cómo no, si pones el mal como eterno. Cómo no, si lo atribuyes a un poder igual al poder divino y lo haces ingénito, e igualas la virtud y el pecado. Oye lo que dice Pablo: *Lo que de El es*

*invisible, desde la creación del mundo se hace por sus obras visible a la inteligencia*¹⁷. Ciertamente el demonio ha dicho que ambos, virtud y mal, provienen de la materia; de manera que a Dios no lo conocemos por cosa alguna. Pero yo pregunto: ¿Qué es más difícil: hacer bueno lo que por naturaleza es malo (si es que hay algún mal que lo sea por naturaleza, pues estoy hablando según vuestro pensamiento, oh herejes; pues en realidad nada puede hacerse que por naturaleza sea malo, siendo un auxilio para los buenos); o bien crear sin materia preexistente? ¿Qué es más fácil (hablo de la cualidad), poner una cualidad que no existe o cambiar en contrario la que ya existe? ¿Qué es más fácil: levantar una casa o bien reparar una abandonada? Es manifiesto que lo primero; de modo que lo segundo resulta imposible. Pues bien: así como esto es imposible, así también es imposible obrar de contrario modo a la cualidad¹⁸.

Dime: ¿qué es más difícil, fabricar un ungüento o hacer que por fuerza un lodo produzca los efectos del ungüento? ¿Cuál de ambas cosas, pregunto de nuevo, es más fácil (pues ya nos dedicamos a sujetar a Dios a nuestro raciocinio; es decir, no nosotros ¡lejos tal cosa! sino vosotros, oh herejes: formar los ojos o hacer que un ciego, que permanece ciego, vea y use de su ceguera para ver con mayor agudeza que quien tiene vista, o el sordo de su sordera para mejor oír? A mí lo primero me parece más fácil. De modo que concedes a Dios lo que es más difícil, o sea que lo malo por naturaleza obre el bien ¿y no le concedes lo que es más fácil?

Mas ¿para qué insisto en esto? Dicen también [los maniqueos] que el alma es substancia de Dios. Observa cuán grande cantidad de impiedades y necesidades profieren. Esforzándose en demostrar que el mal procede de un Dios, aseguran algo aún más impío, pues sostienen ser el alma contemporánea de Dios y no ser Dios más antiguo que ellos, sin el menor reparo ni vergüenza en conceder a las almas tan ingente prerrogativa. En segundo lugar, afirman que el mal es inmortal, ya que lo eterno no puede morir jamás. ¿Adviertes la blasfemia? De modo que es necesario que nada proceda de Dios; o si esto no es así, que ni siquiera exista Dios. En tercer lugar, como ya dije, por aquí se contradicen y provocan una mayor ira contra si mismos de parte de Dios. En cuarto lugar, dotan de excesivo poder a la materia insubsistente. En quinto lugar, hacen que la causa de la bondad de Dios sea la maldad; y dicen que sin lo malo ni ese Ser bueno sería bueno. En sexto lugar, nos cierran el camino para llegar al conocimiento de

Dios. En séptimo lugar, extienden la divinidad al hombre y aun a las plantas y a los leños.

Porque si nuestra alma es de la substancia de Dios y una misma alma va emigrando a diversos cuerpos, como son los cohombros, los melones, las cebollas, se sigue que la substancia divina se ha convertido en cohombros. Y si les decimos que el Espíritu Santo hizo de la Virgen su templo, se burlan, y si les decimos que El habita en un templo espiritual, de nuevo se burlan. No les da vergüenza convertir la substancia divina en cohombros, melones, moscas, polilla y asnos, con lo que han encontrado un nuevo género de idolatría. Se defienden diciendo: No está la cebolla en Dios, sino Dios en la cebolla, pues la cebolla no es Dios. Mas ¿por qué rehuyes, oh hereje, esa transmigración de Dios a los cuerpos? Contesta: Porque es indecente. Pues bien, mucho más indecente es eso que respondes. Insistes: Es que la cosa en sí no es indecente. ¿Cómo es esto? Porque si a nosotros nos sucediera, en nosotros sí sería indecente. ¿Has advertido el cieno de impiedad?

Y ¿por qué no quieren que resuciten los cuerpos? ¿Qué es lo que afirman en este punto? ¿Será porque el cuerpo es malo? Mas yo te pregunto: ¿por cuál otro medio has conocido a Dios? ¿por cuál otro medio te llega el conocimiento de las cosas? ¿En qué otra forma el filósofo fabrica su filosofía si el cuerpo en nada interviene? Destruye sus sentidos ¿y a ver si puedes conocer algo de lo que es necesario conocer? ¿Qué habría más ignorante que el alma, si desde un principio estuviera privada de los sentidos corporales? Si la privación de una parte de ellos o de solo un miembro, por ejemplo del cerebro, resulta en daño de todo el conjunto, si el alma debiera además estar privada del resto de los sentidos ¿qué utilidad tendría? Muéstrame una alma sin cuerpo. ¿No has oído decir a los médicos que cuando la enfermedad se presenta reciamente oscurece al alma? ¿Hasta cuándo, pues, diferís el estrangularos? Yo pregunto: ¿acaso el cuerpo es parte de la materia? Ciento que sí. Entonces, según vosotros, conviene aborrecerlo. Y ¿para qué lo alimentas? ¿por qué lo cuidas? Debías haberle dado ya la muerte. ¿Convino entonces que te libraras de esta cárcel?

Por otra parte, dicen ellos: Dios no puede dominar la materia si no se mezcla con ella, pues no puede comunicarle sus órdenes hasta que esté en medio de ella y toda la compenetra. ¡Oh necedad! El rey con solo sus mandatos todo lo hace ¿y Dios no podría imperar a los

malos? De modo que en conclusión, si la materia no tuviera algo de bueno no podría existir. Lo malo no puede existir si no es en mezcla con la virtud. Entonces, si no estuviera mezclado con la virtud, hace mucho que no existiría, pues tal es la condición de lo malo.

Supongamos un hombre lascivo que en absoluto ya no puede dominarse: ¿podrá vivir siquiera diez días? Supongamos un ladrón que sin el menor freno de la conciencia se lanza inclusive contra los compañeros de crimen: ¿podrá vivir? Supongamos un ratero impudente que sin la menor vergüenza abiertamente roba: ¿podrá vivir largo tiempo? La naturaleza del mal es de tal condición que si no tiene algo de bueno, no puede subsistir, pues como ellos aseguran: así lo hizo Dios. Sea una ciudad en donde todos son malvados: ¿se podrá conservar? Peleen los malos no contra los buenos, sino contra sí mismos y no podrán subsistir: *Alardeando de sabios se hicieron necios*¹⁹.

Si el cuerpo es malo, en vano han sido creadas todas las cosas visibles: agua, tierra, sol, aire. Porque también el aire es un cuerpo aunque no sólido. Oportunamente diremos aquí: *Los malvados me contaron fábulas*²⁰. No toleremos tales cosas: apartemos nuestros oídos. Porque existe, sí, existe la resurrección de los cuerpos. Así lo prueba el sepulcro de Cristo en Jerusalén, y el leño al cual fue atado Jesús para ser azotado. Y lo dicen los Apóstoles: *Comimos y bebimos con El*²¹. Creamos en la resurrección y procedamos a hacer obras dignas, Señor nuestro, con el cual sean al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Mat. XXIV, 36.
2. Marc. XIII, 32.
3. Filip. IV, 5.
4. Juan V, 21.
5. Luc. X, 22.
6. I Cor. II, 10.
7. Mat. XV, 16.
8. Mat. X, 6.
9. Salmo CIII, 3.
10. Juan XVI, 7.
11. Efes IV, 10.
12. Marc. XIII, 7. Nótese que desde aquí el Santo comienza a repetir la materia explicada ya en la Homilía, método que seguirá en adelante a causa de la ignorancia de los oyentes como ya lo anotamos en la Advertencia inicial.
13. Mat. XXIV, 3.
14. Salmo XCVI, 2.
15. Juan II, 19.
16. Isaías XXXII, 6.
17. Rom. I, 20.
18. Párrafos bastante oscuros y en algunas cosas casi ininteligibles.
19. Rom. I, 22.
20. Salmo CXVIII, 85.
21. Hechos X, 41.

HOMILIA III

Entonces los Apóstoles regresaron a Jerusalén, desde el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalén el camino de un sábado
(Hechos 1, 12).

DICE: *Entonces se regresaron.* Entonces: ¿cuándo? Despues de que oyeron aquellas palabras; porque de otro modo no habrían podido tolerar el emprender el regreso, si no se les hubiera prometido el segundo Advenimiento. Pienso yo que debió suceder esto en un sábado; pues de otro modo no habría razón para que el autor indicara la distancia diciendo: Desde el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalén el camino de un sábado; a no estar prescrita la distancia que se podía caminar en ese día, o sea: *El camino de un sábado.*

Y luego que entraron en el cenáculo, subieron a la estancia superior, en donde se alojaban. De modo que después de la Resurrección permanecieron en Jerusalén, Pedro, Santiago y Juan. Ya no se cuenta Juan solo con su hermano, sino también Andrés con Pedro: *Y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo y Simón el Celotes y Judas, hermano de Santiago.* Bellamente enumera a los discípulos; pues uno entregó a Jesús, otro lo negó, otro no creía en la Resurrección: Lucas los enumera a todos, excepto al traidor, con lo que los declara salvos.

Todos perseveraban unánimes, entregados a la oración, a una con las mujeres. Correctamente. Porque la oración es un recio dardo contra las tentaciones, y en esto el Maestro los enseñó suficientemente. Por lo demás, la prueba presente los inducía a orar. Por esto suben al cenáculo, pues aún temían mucho a los judíos. *Con las mujeres.* Pues ya había dicho que ellas seguían a Jesús. *Y con María, la Madre de Jesús y los dos hermanos de El.* ¿Cómo entonces se dijo que el discípulo la recibió en su casa? Es que habiendo Cristo reunido de

nuevo a sus discípulos. Ella vivía con ellos. *Y con los hermanos de El. Habla de aquellos que allá al principio no creían en El.*

Uno de aquellos días se levantó Pedro en medio de los hermanos y dijo. Fervoroso como era, y teniendo encomendado el rebaño de parte de Cristo y siendo el primero en el grupo, también es siempre el primero en hablar. *Las personas allí congregadas eran como ciento veinte. Hermanos: era menester que se cumpliera lo que en las Escritura predijo el Espíritu Santo.* ¿Por qué Pedro no pidió en particular a Cristo que le señalara algún otro en lugar de Judas? Además: ¿por qué no hacen la elección por sí mismos? Pedro ya se había mejorado. Con esto queda respondida la primera pregunta. Mas ¿por qué no piden simplemente que se complete el coro de los Doce, sino que también intervenga la revelación? Daremos dos motivos. El primero es porque además andaban ocupados en otras cosas, El segundo, que en eso sobre todo se manifiesta que Cristo los asistía. Pues así como los eligió estando presente, así ahora elige estando ausente. Y esto les causaba grande consuelo.

Observa cómo Pedro procede en todo de acuerdo con el parecer común, y no con imperio y valiéndose de su autoridad. Y no dijo simplemente: En lugar de Judas elegimos a este otro; sino que, consolando a los demás de lo que había sucedido, advierte cómo antempesta su lenguaje. El caso de Judas los había perturbado grandemente. Y no te extrañes. Pues si aun ahora muchos lo traen y lo llevan, ¿qué se ha de pensar de lo que a ellos les aconteció? Dice Pedro: *Hermanos.* Si el Señor los llamó hermanos, mucho más los puede llamar hermanos Pedro. Por tal motivo públicamente los llama *hermanos*. Advierte la dignidad de la Iglesia y su estado angélico. Ahí nadie estaba dividido de nadie: no había diferencias entre hombres y mujeres. Yo quiero que ahora sean también así las iglesias. Nadie ahí se cuidaba de negocios seculares; nadie andaba solícito por los haberes domésticos: ¡tan gran bien traen consigo las pruebas y los trabajos! ¡tan gran provecho se saca de las tribulaciones!

Era menester que se cumpliera lo que en la Escritura predijo el Espíritu Santo. Los consuela, pero siempre recurriendo a las profecías. También así lo hace siempre Cristo. Al mismo tiempo les declara que nada extraño ha sucedido, sino lo que ya estaba predicho. Pues dice: *Era menester que se cumpliera lo que en la Escritura predijo el Espíritu Santo por boca de David.* No dice: David profetizó, sino el Espíritu Santo por su boca. Advierte cómo ya desde el comienzo del

libro usa de semejante maestro espiritual. Por aquí ves que no sin motivo dije yo al principio que este libro fue inspirado por el Espíritu Santo.

Dice: *Lo que predijo el Espíritu Santo por boca de David*. Mira cómo acomoda el profeta a su asunto y lo cita sabiendo que les será útil saber que la profecía es de David y no de otro. Dice: *Acerca de Judas que fue caudillo*. Considera la prudencia de Pedro. No lanza ninguna injuria, no insulta, no llama a Judas perverso ni execrable, sino que refiere con sencillez el hecho. Tampoco lo llama traidor, sino que en cuanto le es posible, achaca a otros el crimen. Pero tampoco se ensaña contra esos otros.

Dice: *Que fue caudillo de los que aprehendieron a Jesús*. Antes de referir en qué parte predice el hecho David, narra lo que hizo Judas para dar fe a lo futuro por lo presente y demostrar que ya sufrió el castigo. *Se le había contado entre los de nuestro grupo y le había cabido en suerte este mismo ministerio*. Pues bien él se adquirió un campo con el precio de su iniquidad. Torna Pedro su discurso hacia el lado moral y deja entender que el motivo tiene sus enseñanzas. No dice que los judíos poseyeron el campo, sino Judas. Habla del castigo presente porque las almas aún débiles no captan tan vivamente lo futuro como lo que está presente.

Y dando de cabeza, reventó por medio. Correctamente insiste. Pero no en el pecado, sino en el castigo, y dice: *Y se derramaron todas sus entrañas*. Esto les traía algún consuelo. *Y se hizo notorio a todos los habitantes de Jerusalén, hasta el punto de que aquel campo ha sido llamado en la lengua de ellos Hakeldamah, que significa Campo de sangre*. De modo que los judíos le dieron ese nombre no por el campo mismo, sino a causa de Judas: éste le dio su nombre. Y puso Pedro como testigos a los adversarios. Porque eso da a entender cuando dice que fueron ellos los que así lo llamaron; lo mismo que con lo que añade: *En la lengua de ellos*. Tras de referir el suceso, oportunamente cita al profeta y dice: *Porque está escrito en el libro de los salmos: Conviértase su aprisco en desierto y no haya quien habite en él*¹. Esto se afirma de la casa y del campo. *Y su empleo ocúpelo otro*; es decir su principado, su sacerdocio. Como si dijera Pedro: De modo que lo que vamos a hacer no es por determinación mía particular, sino por consejo de quien eso predijo; para no parecer que de sí y por sí acometía un asunto que habría correspondido a Cristo.

Continúa: *Es pues necesario que de entre los varones que anduvieron con nosotros, durante el tiempo todo.* ¿Por qué comunica esto con ellos? Para que no brotaran querellas a causa de la elección y entre sí pelearan. Pues si esto les había acontecido a los Apóstoles,² mucho más les habrían acontecido a los demás. Pedro sistemáticamente lo evita. Por tal motivo al principio decía: *Hermanos: es necesario elegir de entre nosotros.* Permite a la multitud expresar su juicio, al mismo tiempo que hace respetables a los candidatos y queda él libre de la envidia que podía aparecer. Pues las elecciones con frecuencia originan graves males.

Poner al profeta como testigo de la obligación de proceder a elegir. Acerca de entre quiénes se haya de elegir, Pedro mismo da la pauta diciendo: *De entre los varones que anduvieron con nosotros durante todo el tiempo.* Si hubiera dicho: es necesario que se presenten los que sean dignos, habría hecho injuria a los demás. Pero lo que hace es tomar como pauta el tiempo. Y no dijo simplemente: *Los que anduvieron con nosotros,* sino que añadió: *Durante todo el tiempo que el Señor Jesús moró entre nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día que nos fue arrebatado al Cielo, uno de ellos sea constituido, a una con nosotros, testigo de su Resurrección.*

¿Qué intentaba? Que el número no quedara tronco. Pero ¿acaso no tenía Pedro potestad para elegir por sí mismo? La tenía en verdad. Mas para que no creyeran que se dejaba llevar por el favoritismo, no lo hace. Por otra parte, aún no había participado del Espíritu Santo. *Y le presentaron a dos: José llamado el Justo y Matías.* No los presentó Pedro, sino todo el conjunto. Pedro fue el quien dio el consejo, declarando no ser cosa suya, sino estar ya predicha en el profeta desde antiguo. De manera que él fue únicamente intérprete y no maestro. *José llamado Barsabá, por sobrenombre el Justo.* Quizá por haber muchos del mismo nombre puso ambas denominaciones. También entre los Apóstoles había varios de un mismo nombre: Santiago el hijo de Zebedeo y Santiago el de Alfeo; Simón Pedro y Simón Celotes, Judas el hermano de Santiago y Judas el Iscariote. Por lo demás el sobrenombre podía venirle o por un cambio de vida o por voluntad de él mismo.

Dice: *Le presentaron a José llamado Barsabá y a Matías. Y oyendo dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, manifiéstanos a cuál de estos dos has elegido para ocupar el lugar de este ministerio y apostolado, del cual desertó Judas, para ir a su lugar*

que le correspondía. Y lo confiaron a los dados (pues aún no se les había dado el Espíritu Santo) *y cayó la suerte en Matías y fue añadido al grupo de los once apóstoles.*

Dice: *Entonces se regresaron a Jerusalén desde el monte que se llama de los Olivos, que dista de Jerusalén el camino de un sábado.* Lo dice Lucas para dar a entender que no emprendieron un largo camino, no fuera a suceder que los acometiera el terror, pues aún temblaban y tenían miedo. *Y luego que entraron, subieron a la estancia superior del cenáculo.* Pues no se atrevían a comparecer en la ciudad. Con razón subieron a la estancia superior, para no ser fácilmente aprehendidos. *Y todos perseveraban unánimes entregados a la oración.* ¿Observas cuán despiertos perseveraban en la oración; y esto unánimemente, como si tuvieran una sola alma? Lucas testifica ambas cosas acerca de ellos.

[José tal vez había ya muerto, pues no parece que creyendo en Jesús los demás hermanos él no creyera; siendo así que fue el primero en creer. Ciertamente parece que no cuidaba de Cristo como si éste fuera puro hombre, como decía la Madre de Jesús: *Yo y tu padre llenos de dolor te buscamos.* De modo que José antes que todos los demás conocía al Señor. En cambio, acerca de los otros hermanos decía Cristo: *El mundo no puede aborreceros pero a mí me odia* ³].

Considera la modestia de Santiago. Obtuvo el episcopado de Jerusalén y sin embargo en esta ocasión nada dice. Considera también la profundísima humildad de los otros discípulos; y cómo ceden al electo el asiento y trono del Apóstol y no se querellan. Es que aquella reunión parecía estar ya en el Cielo y nada tenía de este siglo: ni paredes, ni mármoles, sino que resplandecía con el fervor de los allí reunidos. Y dice: *Eran como ciento veinte.* Tal vez estaban allí los setenta que Jesús había elegido y tal vez también otros de los más fervorosos, como José y Matías; y muchas mujeres que seguían a Jesús y andaban siempre con el grupo.

Tal vez fue la providencia tomada por Pedro como maestro. Y así constituyó al primer maestro. Y no dijo: me basta para enseñar. Tan lejos estaba de la vanagloria y no miraba sino a sólo una cosa, aunque no gozaba de la misma autoridad delante de todos. Pero con todo correctamente se iba procediendo así, dada la virtud del elegido, y que ya la prefectura en el ministerio no significaba un honor, sino un cargo y providencia respecto a los súbditos. Esto no permitía que los elegidos se ensobrbecieran, pues se les llamaba a participar en los

peligros. Tampoco los no elegidos se dolían como si quedaran deshonrados. Pero ahora las cosas ya no van por esos caminos. Porque advierte: estaban allí como unos ciento veinte y Pedro pide entre toda la multitud a sólo uno. Con todo derecho lo hace, pues es el primero en autoridad en ese asunto, puesto que se le había dado el cargo de todos. Cristo le había dicho: *Y tú, una vez que hayas vuelto en ti, confirma a tus hermanos*⁴. Dice, pues, *Puesto que era contado como uno de nuestro grupo*, se hace necesario proponer otro que en lugar de éste de testimonio.

Advierte cómo en todo imita al Maestro. Invoca textos de la Sagrada Escritura, pero sin hacer referencia a Cristo, aunque Jesús muchas veces había predicho lo de Judas. Tampoco cita el pasaje en que la Escritura habla de la traición cuando dice: *Boca de impío, boca de engaño se abre contra mí*⁵; sino sólo cuando habla del castigo, pues por el momento era lo que convenía que los otros recordaran. Hay una cosa que declara sobre todo la bondad del Señor. Pues dice: *Puesto que era contado como uno de nuestro grupo y le había cabido en suerte este mismo ministerio*. Constantemente habla de la suerte, manifestando así ser todo obra de la gracia de Dios y de su elección; y les trae a la memoria aquel hecho antiguo; o sea que también a ellos los había Dios elegido, como antiguamente a los levitas.

Y se detiene más en lo que se afirma de Judas, o sea que el precio de la traición se convirtió en pregonero del castigo. Porque dice: *Adquirió un campo con el precio de su iniquidad*. Advierte cómo esto sucedió por providencia divina. Dice: *De su iniquidad*. Muchas iniquidades y pecados se han cometido, pero ninguno tan inicuo como éste. De modo que el negocio de Judas fue de iniquidad. Y no sólo fue manifiesto y conocido de los presentes, sino de todos los posteriores; hasta el punto de que involuntaria o conscientemente pusieran al sitio aquel nombre; como Caifás, que profetizó sin saberlo. Dios los empujó a que en hebreo lo llamaran *Hakeldamah*. Con él se declaraban los males que iban a seguirse sobre Jerusalén.

También se declaró cumplida en parte la otra profecía: *Bueno le hubiera sido a ese hombre no haber nacido*⁶. Y lo mismo puede afirmarse de los judíos, pues si el que los capitaneaba fue castigado, mucho más lo serían ellos. Aunque de esto nada habla ahora Pedro. Y en seguida, para demostrar que justamente el campo se llamó Hakel-damah, cita al profeta: *Quede su aprisco hecho un desierto*. ¿Qué más yermo y desierto que un sepulcro? De modo que justamente debió

aquel campo llamarse así; pues quien dio el precio, aun cuando fueran otros los compradores, justamente debe ser tenido como causa de tan gran desolación. Desolación que es principio de la desolación de toda Judea, si es que con diligencia el hecho se considera.

Ciertamente fueron ellos los que mataron de hambre a sí mismos y a otros muchos, y la ciudad se convirtió en sepultura de extranjeros y de soldados. Y a los extranjeros ya ni siquiera los dejaban sepultar, como indignos de una tumba. *Es, pues, menester, que de entre los varones que anduvieron con nosotros.* Advierte cómo Pedro quiere que los del grupo sean testigos oculares, aunque luego haya de venir el Espíritu Santo; pues de eso tenía gran cuidado. Dice: *De los varones que anduvieron con nosotros durante todo el tiempo que el Señor Jesús moró entre nosotros.* Significa que habitaban con El y no eran simplemente discípulos. Porque desde el principio muchos otros lo seguían. Así dice Juan: *Era uno de los dos que habían oído el testimonio del Bautista y siguieron a Jesús*⁷. Dice: *Durante todo el tiempo que el Señor Jesús moró entre nosotros a partir del bautismo de Juan.* Justamente, puesto que los demás conocían los sucesos primeros no por enseñanza, sino aprendiéndolos por el Espíritu Santo.

Hasta el día en que nos fue arrebatado al Cielo. Uno de ellos sea constituido, a una con nosotros, testigo de la Resurrección. No dijo testigo de los demás sucesos, sino únicamente: *Testigo de la Resurrección.* Puesto que sería más digno de fe aquel que pudiera decir: El que comía y bebía y fue crucificado, ese mismo es el que ha resucitado. Debía pues ser testigo no del tiempo pasado ni del tiempo futuro, ni de los milagros, sino de la Resurrección. La razón es que todo lo otro era público y manifiesto, mientras que la Resurrección se había llevado a cabo a ocultas, y sólo era conocida de los discípulos.

Y no dicen: Los ángeles nos dijeron, sino nosotros vimos. ¿Cómo se prueba esto? Por los milagros que hacemos. Por lo cual convenía que sobre todo para ese tiempo fueran testigos fidedignos. Dice: *Le presentaron dos.* ¿Por qué solos dos? Para que no se suscitara alguna notable perturbación en los ánimos, ni tampoco se complicara el asunto entre muchos. Y no sin motivo escogió Dios a Matías, sino para demostrar que quien ante los hombres es honorable, ante Dios suele ser inferior. Y todos juntos hacen oración y dicen: *Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, manifiéstanos.* Tú, Señor; no nosotros. Oportunamente lo invocan como conocedor de los corazones, pues la elección tenía que hacerla El y no los otros. Con esa confianza